

Abril 2024

# TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN N° 24



POSTRADO A TUS PIES  
El Pregón Pascual

ALMAS EUCARÍSTICAS  
Santa Margarita Clitherow

EVANGELIO, PAN DE VIDA  
«No está aquí, ha resucitado...»

*“La Eucaristía nos inclina a la virtud, nos da una gran paz y nos facilita el camino de la santificación”. (San Juan Crisóstomo)*





# SUMARIO

- P. RODRIGO MOLINA,  
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA  
Dejemos paso a la Pascua eterna del Cielo..... 3
  
- POSTRADO A TUS PIES  
El Pregón Pascual..... 4
  
- DOCTRINA SOBRE EL  
SACRAMENTO DEL AMOR  
Resucitó de entre los muertos..... 5
  
- EVANGELIO, PAN DE VIDA  
«No está aquí, ha resucitado»..... 6
  
- REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO  
Inmortales porque te hemos comido..... 8
  
- MARÍA Y LA EUCARISTÍA  
María y humildad de Jesús Eucaristía..... 10
  
- ALMAS EUCARÍSTICAS  
Santa Margarita Clitherow..... 12
  
- MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS  
La conversión de un alma..... 14

P. RODRIGO MOLINA,  
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA



## DEJEMOS PASO A LA *Pascua eterna del Cielo*

**D**ecía el P. Molina: «Dios es amigo que escucha. Confía, pues, en Él. Cuan grande es su amistad, tan grande la seguridad de ser oído por Él. Dios es un Dios cercano, bueno. En la oración, te acercas a Él. Dios es magnánimo. Le alegra tu bien, la oración te pasa al área de su magnanimidad. Cuando tengas cualquier necesidad, preséntala a Dios, pero preséntala con insistencia. Así lo dice Él en el Evangelio: la insistencia confiada la quiere Dios en tu oración. La petición insistente triunfa».

La Eucaristía es la más bella oración y también es la que hace que seamos Iglesia, es decir, comunidad. Reflexionemos, durante este tiempo Pascual que ahora empieza, en estas palabras del P. Molina:

«La Eucaristía es comunidad de mesa para una comunidad de vida. La Eucaristía, por ser comunidad de vida es garantía de perdón, es oferta de salvación.

*“Y salieron los discípulos... y prepararon la Pascua. Y llegado el atardecer viene Jesús con los Doce... Y tomando un pan y habiendo pronunciado la bendición, lo partió y se lo dio a ellos y dijo: Tomad, éste es mi cuerpo. Y habiendo tomado un cáliz... dijo: Esta es mi sangre, de la Alianza que es derramada por muchos”.* (Mc 14,22)

Doble acción simbólica de Jesús: comunidad de mesa y Eucaristía. Parábola en acción mediante la cual incorporó a los suyos a su vida y los solidarizó con Él: su vida de Él y sus frutos son de sus discípulos.

Las pascuas, los goces de acá no son los verdaderos. En nuestra vida debemos dejar paso a la Pascua Eterna del cielo. Es el vino “nuevo” que se sirve en el Reino de Dios del que me habla San Marcos, el que dice Jesús que beberá allá en sustitución al renunciado acá. Jesús volverá a comer la Pascua con sus seguidores, pero será la Pascua del banquete del Reino de Dios en la tierra transfigurada del día de la Resurrección. Esa palabra “nuevo” es palabra clave. Me da la clave del tiempo y de las realidades, totalmente otras, de la creación transfigurada que es el Reino de Dios definitivo de la Resurrección.

Esta Pascua es la de la comunidad perfecta, la del cumplimiento perfecto de la unión con Dios en la tierra transfigurada que es el Reino de Dios de la Resurrección. En esa tierra transfigurada, que es el Reino de Dios, se hará realidad la comunicación total de Dios a mí en mi cuerpo transfigurado: “Y yo os digo que a partir de ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo en el Reino de mi Padre” (Mt 26,29). Sentados a la mesa de esa Pascua definitiva, Jesús será el Padre de Familia que da y que sirve. Él nos reparte a Dios. Nosotros recibimos de Él ese don que es Dios».



# El Pregón Pascual



En la noche de la Vigilia Pascual se canta el Pregón Pascual, uno de los himnos más hermosos de toda la liturgia católica pues canta el triunfo definitivo de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, el triunfo de la luz del Salvador sobre las tinieblas. Leamos este himno, saboreemos su contenido, alimentemos con él nuestra fe y nuestra devoción.

Alégrese, por fin, los coros de los ángeles,  
alégrese las jerarquías del cielo  
y, por la victoria de rey tan poderoso,  
que las trompetas anuncien la salvación.  
Goce también la tierra, inundada de tanta claridad,  
y que, radiante con el fulgor del rey eterno,  
se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero.

Alégrese también nuestra madre, la Iglesia,  
revestida de luz tan brillante;  
resuene este templo con las aclamaciones del pueblo.

En verdad es justo y necesario  
aclamar con nuestras voces  
y con todo el afecto del corazón,  
a Dios invisible, el Padre todopoderoso,  
y a su Hijo único, nuestro Señor Jesucristo.  
Porque él ha pagado por nosotros  
al eterno Padre la deuda de Adán,  
y ha borrado con su Sangre inmaculada  
la condena del antiguo pecado.

Porque éstas son las fiestas de Pascua,  
en las que se inmola el verdadero Cordero,  
cuya sangre consagra las puertas de los fieles.  
Ésta es la noche en que sacaste de Egipto  
a los israelitas, nuestros padres,  
y los hiciste pasar a pie, sin mojarse, el Mar Rojo.  
Ésta es la noche en que la columna de fuego  
esclareció las tinieblas del pecado.

Ésta es la noche que a todos los que creen en Cristo,  
por toda la tierra,  
los arranca de los vicios del mundo  
y de la oscuridad del pecado,  
los restituye a la gracia y los agrega a los santos.

Ésta es la noche en que,  
rotas las cadenas de la muerte,  
Cristo asciende victorioso del abismo.

¿De qué nos serviría haber nacido  
si no hubiéramos sido rescatados?  
¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros!  
¡Qué incomparable ternura y caridad!  
¡Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo!

Necesario fue el pecado de Adán,  
que ha sido borrado por la muerte de Cristo.  
¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!

¡Qué noche tan dichosa!  
Sólo ella conoció el momento  
en que Cristo resucitó del abismo.

Ésta es la noche de la que estaba escrito:  
«Será la noche clara como el día,  
la noche iluminada por mi gozo».

Y así, esta noche santa ahuyenta los pecados,  
lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos,  
la alegría a los tristes, expulsa el odio,  
trae la concordia, doblega a los poderosos.

En esta noche de gracia, acepta, Padre santo,  
el sacrificio vespertino de alabanza,  
que la santa Iglesia te ofrece  
en la solemne ofrenda de este cirio,  
obra de las abejas.

Sabemos ya lo que anuncia esta columna de fuego,  
que arde en llama viva para la gloria de Dios.  
Y aunque distribuye su luz, no mengua al repartirla,  
porque se alimenta de cera fundida  
que elaboró la abeja fecunda  
para hacer esta lámpara preciosa.

¡Qué noche tan dichosa,  
en que se une el cielo con la tierra,  
lo humano con lo divino!

Te rogamos, Señor,  
que este cirio consagrado a tu nombre  
para destruir la oscuridad de esta noche,  
arda sin apagarse y, aceptado como perfume,  
se asocie a las lumbreras del cielo.  
Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo,  
ese lucero que no conoce ocaso,  
Jesucristo, tu Hijo,  
que volviendo del abismo,  
brilla sereno para el linaje humano  
y vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.

## DOCTRINA SOBRE EL SACRAMENTO DEL AMOR

### JESUCRISTO DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS...

Nuevamente recordamos el contenido del Compendio de la Iglesia Católica. Esta vez nos centramos en el principal misterio de nuestra fe: la Resurrección de Cristo. Tanto que San Pablo en su primera carta a los corintios, escribe: «...si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, y vana es también vuestra fe».

El Compendio comienza explicando que «los infiernos» a los que Jesús descendió, según rezamos en el Credo, no es el «infierno» de la condenación, sino el estado de todos aquellos, justos e injustos, que habían muerto antes de Cristo. Con el alma unida a su Persona divina, Jesús tomó en los infiernos a los justos que aguardaban a su Redentor para poder acceder finalmente a la visión de Dios. Después de haber vencido, mediante su propia muerte, a la muerte y al diablo «que tenía el poder de la muerte» (Hb 2, 14), Jesús liberó a los justos, que esperaban al Redentor, y les abrió las puertas del Cielo.

Continúa: la Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, y representa, con la Cruz, una parte esencial del Misterio pascual.

Además del signo esencial, que es el sepulcro vacío, la Resurrección de Jesús es atestiguada por las mujeres, las primeras que encontraron a Jesús resucitado y lo anunciaron a los Apóstoles. Jesús después «se apareció a Cefas (Pedro) y luego a los Doce, más tarde se apareció a más de quinientos hermanos a la vez» (1 Co 15, 5-6), y aún a otros. Los Apóstoles no pudieron inventar la Resurrección, puesto que les parecía



imposible: en efecto, Jesús les echó en cara su incredulidad.

La Resurrección de Cristo es un acontecimiento trascendente porque, además de ser un evento histórico, verificado y atestiguado mediante signos y testimonios, trasciende y sobrepasa la historia como misterio de la fe, en cuanto implica la entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios. Por este motivo, Cristo resucitado no se manifestó al mundo, sino a sus discípulos, haciendo de ellos sus testigos ante el pueblo.

La Resurrección de Cristo no es un retorno a la vida terrena. Su cuerpo resucitado es el mismo que fue crucificado y lleva las huellas de su pasión, pero ahora participa ya de la vida divina, con las propiedades de un cuerpo glorioso. Por esta razón Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer a sus discípulos donde quiere y bajo diversas apariencias.

La Resurrección de Cristo es una obra trascendente de Dios. Las tres Personas divinas actúan conjuntamente, según lo que es propio de cada una: el Padre manifiesta su poder, el Hijo «recobra la vida, porque la ha dado libremente» (Jn 10, 17), reuniendo su alma y su cuerpo, que el Espíritu Santo vivifica y glorifica.

La Resurrección de Cristo es la culminación de la Encarnación. Es una prueba de la divinidad de Cristo, confirma cuanto hizo y enseñó y realiza todas las promesas divinas en nuestro favor. Además, el Resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, es el principio de nuestra justificación y de nuestra resurrección: ya desde ahora nos procura la gracia de la adopción filial, que es real participación de su vida de Hijo unigénito; más tarde, al final de los tiempos, Él resucitará nuestro cuerpo.





“No está aquí, ha resucitado” (Mt, 28, 6)

El Evangelio de San Mateo narra que, al amanecer del domingo, María Magdalena y María, la esposa de Cleofás, fueron a ver el sepulcro donde había sido sepultado el Señor. Allí se les apareció un ángel del Señor que les comunicó la gran noticia de la Resurrección de Cristo, «*entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos*» (Mt 28,1-8).

El gran amante de la Eucaristía, San Manuel González, reflexiona acerca de este pasaje. Lo hace pensando en sus “María de los sagrarios abandonados”, ese grupo de mujeres piadosas comprometidas con su obra de adorar a Jesús Sacramentado, oculto en los sagrarios.

Bien podemos aplicarnos estas palabras todos aquellos que deseamos amar más a Jesús en la Eucaristía.

«¡Qué página primera de la Resurrección!, ¡qué mañana aquella la del Domingo de Pascua! De una parte, los discípulos..., ¡los hombres!, encogidos de miedo, mordidos de la incredulidad y encerrados en un cuarto de Jerusalén, y de otra, las Marías, ¡las mujeres!, tomando la delantera al sol sin miedo a los guardias que el odio puso custodiando al Maestro, ¡para volver a ocupar su sitio junto a Él!

Y cuando se ve ese contraste, ¡qué bien cae en el alma la largueza con que Jesús resucitado paga!

Sí, sí, ¡cómo os debe llenar el alma de agradecimiento, hasta hacerla rebosar, la donación de tantas primicias con que fueron honradas y agasajadas las Marías del Evangelio!

Para ellas la primera noticia de la Resurrección, para ellas la primera aparición, para ellas la

«NO TEMÁIS. ID Y AVISAD A MIS HERMANOS QUE VAYAN A GALILEA; ALLÍ ME VERÁN»... ESTAS PALABRAS EXPRESAN LA INVITACIÓN DE JESÚS RESUCITADO A LAS MUJERES QUE ACUDIERON AL SEPULCRO EL DÍA DE PASCUA. TAMBIÉN PARA NOSOTROS RESUENA EL ANUNCIO QUE LA IGLESIA REPITE DESDE SUS COMIENZOS: «¡CRISTO HA RESUCITADO!».

dicha del primer beso en las gloriosas cicatrices de los pies, para ellas el honor de ser las primeras predicadoras de la Resurrección.

¿No os ha llamado la atención el contraste de ese temor y de ese gozo grande con que dice que salieron las Marías? ¿No os parece contradictorio el relato? Si gozo, ¿por qué temor? Si temor, ¿por qué gozo?

Os explicaríais bien ese temor antes de llegar y de entrar; los guardias, la soledad del lugar, las tinieblas de la madrugada, la pesadez de la losa del sepulcro, todo eso se comprende bien que hubiera podido servirles de motivo de temor; pero, ¿después?, ¿después de ver con sus propios ojos que allí no hay guardias, ni piedra que quitar, ni muerto que llorar, y sí ángeles de faz sonriente y vestidos blancos y con fulgores de sol?, ¿temor? Y temor grande que las hace salir presto del sepulcro...

¿Verdad que no os lo explicáis? La explicación de ese temor será precisamente una lección de gran provecho.

¿Por qué temían? Os lo voy a decir con una palabra: porque les faltaba fe.

Sí, a pesar del valor, la abnegación, la fidelidad y hasta el amor fino y obsequioso con que habían seguido al Maestro vivo y muerto, les faltaba fe. Por una paradoja, que a las veces se da en el corazón humano, las Marías iban al sepulcro con más amor que fe,

y más diría, con mucho amor y ninguna fe. Amaban al Muerto y no creían en el Resucitado.

Multitud de veces le habían oído predecir su Resurrección lo mismo que sus apóstoles y ni éstos ni aquéllas cuentan para nada con la Resurrección.

Prueba de ello fue aquel ir a ungir al muerto, como si se hubiera que quedar en el sepulcro para siempre, en vez de irse a esperar su Resurrección.

Y todavía se quedaron más atrás en punto a fe los apóstoles. Encerrados en la ciudad y sobrecojidos de miedo, no tuvieron para los varios mensajeros que les iban llegando de la Resurrección más que esta triste palabra del Evangelio: «*¡No creyeron!*».

Pero parecía que al oír de labios de un ángel que Jesús había resucitado, como había predicho, y al contemplar el sepulcro vacío y los guardias despavoridos, la fe en la Resurrección debiera nacer al punto en aquellas almas tan bien preparadas, y disipar todas las nubes de incertidumbres, ignorancias o incredulidades que la envolvían.

Y, ¡oh misterios del corazón!, el sol de la fe en la Resurrección no logró romper y traspasar aquellas nubes.

Las Marías salieron del sepulcro con alguna más fe que entraron, es cierto; pero no con la fe segura, completa, viva, radiante, incompatible con el miedo. Y por eso el Evangelista se ve precisa-

do a poner delante de aquel gran gozo, que el anuncio del ángel puso en sus almas, el temor del que vacila y duda.

Quizás, quizás algo de eso os ha pasado a vosotras ante vuestro Sagrario... Vais a él porque amáis, es verdad, y porque amáis con ardor, con pasión, y dispuestas a remover cuantas dificultades se os presenten.

Pero dejadme que os diga que alguna vez se ha repetido en vosotras esa especie de paradoja de amor sin fe que se dio entonces. Creéis menos que amáis; diríase que es más ardiente vuestro amor que viva vuestra fe.

¿Sabéis en qué lo conozco? En la facilidad con que os quejáis del poco fruto, con que dejáis de ir, con que os cansáis de estar solas con Él, con que os tratáis de convencer de que allí no se puede conseguir nada... Yo os aseguro que si vuestra fe en el que visitáis fuera de verdad viva, antes se gastarían las losas de los caminos que os conducen a vuestro Sagrario, que vuestros pies de ir y vuestra lengua de hablar y vuestro corazón de palpar por Él...

¿Queréis que el gozo grande de la Resurrección os acompañe siempre, siempre en vuestras idas y venidas de los Sagrarios? Ya sabéis el secreto. No deis un solo paso sin fe viva. No lo olvidéis: fe viva, constante».

(San Manuel González. Qué hace y qué dice e Corazón de Jesús en el sagrario).





## INMORTALES PORQUE TE HEMOS COMIDO

**E**l Evangelio de San Juan es claro, Jesús dice: «*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día*» (Jn. 6, 54). Así como Jesús ha resucitado, nosotros –si nos alimentamos de su Cuerpo y de su Sangre– también estamos llamados a resucitar.

Ricardo Sada Fernández, en su libro “La Eucaristía, en la teología vivida de los Santos”, nos ofrece una hermosa meditación en torno a los lazos entre la Eucaristía y la Resurrección de Cristo, de la cual extremos algunos párrafos:

«Jesús nos transfiere, al recibirlo, su propia inmortalidad. Transformados en Él por la participación en su Cuerpo y Sangre gloriosos, nos vamos convirtiendo en Aquel que estamos lla-

mados a ser. No tenemos que esperar el fin de los tiempos, pues ya desde ahora, al comulgar, “comenzamos a ser el que seremos” (en palabras de San Juan Pablo II).

(...) Nuestra esperanza

cristiana no resulta así una realidad solo realizable en el futuro, sino que es también una realidad presente. Tenemos ya en la Eucaristía “la prenda”, es decir, el adelanto, la primicia segura de que aquello será un día de modo pleno: somos ya inmortales por el Cuerpo inmortal que hemos comido. (...) Resulta en verdad consolador meditar qué significa aquello de prenda de inmortalidad. Es tener la seguridad del cielo por adelantado, y con ella adelantar también el gozo futuro».

Esta consideración tiene que ser un gran estímulo para nuestras comuniones frecuentes. Desde luego hay que hacerlas con las debidas disposiciones: estar en estado de gracia, haber guardado el ayuno eucarístico y saber a quién recibimos en este sacramento. Así y solo así, nuestras Comuniones son de verdad “prenda” de vida eterna, su anticipo y su gozo adelantado.

Eucaristía y resurrección tienen una relación inseparable. El Papa Benedicto XVI nos decía: “Quien ha recibido la Comunión lleva ahora en sí de un modo particular al Señor resucitado” (Ángelus, 9 de septiembre, 2007).

“En la Eucaristía Cristo nos da su Cuerpo, se da a sí mismo en su Cuerpo y así nos transforma en su Cuerpo, nos une a su Cuerpo resucitado... En la sagrada Comunión Cristo, el Señor, nos asimila a sí, nos introduce en su Cuerpo glorioso y así todos juntos llegamos a ser su Cuerpo” (Audiencia, 10 de diciembre, 2008).

“En la santa Comunión reci-

bimos el Cuerpo del Señor resucitado y nosotros mismos somos incorporados a este Cuerpo, de manera que estamos ya resguardados en Aquel que ha vencido a la muerte y nos conduce a través de la muerte” (Homilía, 3 de abril, 2010).

Y San Juan Pablo II: ««El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna» (Jn 6, 54). Al instituir la Eucaristía, la víspera de su muerte, Cristo quiso dar a la Iglesia un alimento que la nutriese continuamente y la hiciera vivir de su misma vida de Resucitado (...) En la promesa de la Eucaristía Jesús explica por qué es necesario este alimento: «Yo soy el pan de vida», declara (Jn 6, 48). «Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí» (6, 57). El Padre es la fuente primera de la vida: Él ha dado esta vida al Hijo, el cual, a su vez, se la comunica a la humanidad. Él que se alimenta de Cristo en la Eucaristía no debe esperar al más allá para recibir la vida eterna: la posee ya sobre la tierra, y en ella posee también la garantía de la resurrección corporal al fin del mundo: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día» (Jn 6, 54).

Esta garantía de resurrección proviene del hecho de que la carne del Hijo del hombre, dada en alimento es su cuerpo en el estado glorioso de resucitado (...) En la Eucaristía recibimos, pues, la vida de Cristo resucitado (...) en el banquete eucarístico el hombre recibe de verdad a Dios, se alimenta de Él, participando de la vida

que brota del Padre y que nos comunica a través de Cristo. Una vida divina que nos hace poseer, ya en la tierra, la garantía de nuestra futura resurrección corporal.

Al recibir a Cristo muerto y resucitado, participamos de su gracia, que nos ayuda a superar las pruebas de la vida presente y que nos da fuerza para abrimos al amor a Dios y a la entrega generosa a los hermanos». (Audiencia general, 8 de junio de 1983)

Avivemos nuestra fe y nuestro amor al estar en la presencia de Jesús Sacramentado y al comulgar. En el Santísimo Sacramento tenemos esa “prenda” de vida eterna, podemos disfrutar -en esperanza- del gozo de la resurrección. Cuanto más frecuentes y más fervorosas sean nuestras adoraciones al Señor y nuestras comuniones,

más gloriosa será nuestra vida eterna junto a la Santísima Trinidad, a la Virgen y a todos los santos.

Concluyamos con las palabras del Santo Cura de Ars en su sermón sobre la Eucaristía: “Decidme, ¿qué más nos falta considerar para sentirnos movidos a reverencia ante la presencia de Jesús, así en los templos como en las procesiones? Acudamos, pues, a Él con gran confianza; es tan bueno, es tan misericordioso, nos ama tanto, que podemos estar seguros de alcanzar cuanto le pidamos; mas seamos siempre humildes, puros, saturados de amor de Dios y de menosprecio del mundo. Cuidemos de no dejarnos llevar de distracciones. Amemos de todo corazón al Señor, y con ello alcanzaremos, ya en este mundo, una vida semejante a la de la gloria”».





# María y la humildad de Jesús Eucaristía

**N**uestro Dios hizo una obra magna: hacerse muy pequeño. El Misterio de la Encarnación es de los más grandes de nuestra fe cristiana: Dios se hace hombre como nosotros. Y también es grande el misterio de la Eucaristía: se abaja más aún, hasta tomar la apariencia de pan y de vino después de la consagración. Nos podemos acercar a Él sin temor.

## La humildad de Cristo

¿Qué nos dice hoy la Eucaristía? Que es un abismo de humildad. Jesús en el sagrario nos da ejemplo de humildad: tiene apariencia pobre y humilde, escondido en la Hostia Santa.

*“Admiremos esta humildad: llega en su anonadamiento hasta el límite de la nada, uniéndose sacramentalmente a viles especies inanimadas, que carecen hasta de apoyo natural que las sostenga, porque no tiene otro que la omnipotencia del Altísimo, quien las conserva con un continuo milagro. El inmenso amor que nos tiene le ha hecho prisionero nuestro y así debe continuar, en su prisión eucarística, hasta el fin del mundo, para ser aquí en la tierra nuestro Cielo anticipado”.* (San Pedro Julian Eymard)

En la carta a los Filipenses (Flp 2, 6-11), San Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, describe en un bellissimo himno la humildad y posterior exaltación de Cristo:

*“Jesucristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su*

*categoría de Dios. Al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”.*

Aquí descubrimos los sentimientos del Corazón Eucarístico de Jesús: la humildad, sencillez, su abajamiento y despojo.

El humilde es obediente. Toda la vida de Jesús fue una obediencia total a su Padre, hasta la muerte. Ahora obedece al sacerdote cuando pronuncia en su nombre las palabras de la Consagración de la Santa Misa. Se hace presente en la hostia y en el cáliz. Se deja llevar por el sacerdote, se deja introducir y macerar en nuestra boca y no rechista.

Se deja llevar por los ministros extraordinarios de la comunión, como si fuera un humilde corderito. Y ¡cuántas veces tiene que soportar los sacrilegios y ultrajes de quienes van a comulgar en pecado mortal o sin haberse preparado!

¡Qué pocos son los agradecidos a tantos beneficios recibidos! ¡Y Él nos sigue esperando con paciencia y humildad, sin hablar, sin quejarse, sin defenderse!

Desde el tabernáculo, bajo los velos eucarísticos, especialmente, se escapa esta voz divina: *“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”.* ¡Aprended de mí a ocultar vuestras buenas obras, vuestras virtudes y sacrificios: descendad... y venid a Mí!

En el estado de anonadamiento de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento es donde se encuentra la gracia de la humildad. Si Jesús, Rey de la gloria, se rebaja y humilla hasta ese estado, ¿quién, por muy elevado que esté, podrá temer el rebajarse? Aunque sea muy favorecido por la fortuna,

¿cómo no estimar la amable pobreza de Jesús sacramentado? ¿Cómo desobedecer en adelante a Dios y a sus representantes, si el mismo Hijo de Dios obedece?

Por eso, a su imitación, tenemos que ser humildes nosotros también y cumplir siempre su voluntad.

## Santa María y la humildad de Jesús Eucaristía

Veamos cómo se armonizan los sentimientos de Jesús y María.

Los profetas preanunciaron un Cristo redentor como Siervo de Yahveh que humilde y obediente expiaría los pecados de los hombres y el orgullo de Adán y Eva, inoculado en todos sus hijos.

Cristo, el nuevo Adán, es humildad, obediencia, total entrega a la voluntad de Dios. El Evangelio es testimonio fehaciente de esta obediencia del Hijo al Padre. María, la nueva Eva, es también humildad, obediencia, total entrega a la voluntad de Dios. La respuesta que da al ángel traduce plenamente los sentimientos de su corazón: *Soy la esclava del Señor.* Dios tiene ya perfectamente dispuesta a la que ha de ser la digna asociada al Adán nuevo a Cristo Redentor.

Más agradó y obedeció María a Dios que Eva desagradó y desobedeció. Mayor y mejor pareció a los ojos de Dios la grandísima humildad de esta bendita Virgen, que pareció mal delante de su acatamiento la mucha soberbia de nuestra primera madre Eva.

De Cristo redentor, obediente y humilde, nos dice San Pablo



que va a recibir del Padre, como premio, la máxima glorificación. Igualmente, María también se vació de sí misma, se renunció, se proclamó esclava, se hizo obediente hasta ofrecer en el Calvario a su propio Hijo. Por eso recibe el mayor premio: la exaltación que merecen su total obediencia, su incomparable sacrificio.

Jesús tomó nuestro cuerpo, nuestra naturaleza humana. Y la tomó de esta purísima Virgen. Este cuerpo, sangre, alma y divinidad que comulgamos, han sido antes pan ‘amasado’ por esta Madre.

No podemos separar lo que Dios ha unido. Donde está Jesús, está también María. Ella está en adoración profunda ante los sagrarios, ante el altar en la Santa Misa, ante la Custodia. Y el abajamiento de Jesús lo comparte Ella.

Pidamos los sentimientos de adoración, amor, humildad a Nuestra Señora. Estaremos seguros de agradar a Dios, de hacer una buena comunión, llena de fe, de reparación. Seremos como María un oasis para Jesús Eucaristía. Recemos el Magnificat en cada comunión.



# Sta. Margarita Clitherow

## MODELO DE PIEDAD Y FERVOR

**M**adre de familia, católica tenaz y mártir, brilló por su fidelidad a la verdadera Iglesia y por la valentía con la que enfrentó a sus enemigos. Tenemos la fortuna de poseer amplia información acerca de Margarita Clitherow, gracias a la biografía escrita por su confesor, padre John Mush, completada en sus detalles con otros documentos contemporáneos. En York todavía podemos ver la casa del ayuntamiento donde fue juzgada, el castillo en que estuvo encarcelada, la casa vecina al matadero, que se cree haber sido su hogar durante su vida matrimonial y la habitación con la buhardilla en la posada del Cisne Negro, que la tradición señala como el lugar que ella alquiló para que se celebrara la misa, cuando se consideró insegura su propia capilla.

Otra santa laica inglesa, modelo de piedad y fervor. Con su vida y testimonio nos enseña el valor de la Santa Misa.

Margarita era hija de un rico vendedor de cera, Tomás Middleton, hacendado en York. La infancia y juventud de Margarita trascurrieron con serenidad y normalidad, siendo educada en el protestantismo.

En 1571, Margarita se casó con Juan Clitherow, hombre acomodado que había llegado a merecer el derecho de usar el título de Sir. Dos o tres años después de su matrimonio Margarita abrazó la fe católica.

Su esposo, bondadoso y de buen carácter, no se oponía a las prácticas religiosas de su

mujer, a pesar de que él profesaba la religión del Estado; acostumbraba decir que encontraba dos defectos en su mujer: que ayunaba demasiado y que nunca lo acompañaba a su iglesia.

Al principio, Margarita podía practicar su fe sin dificultad, pero las leyes se hicieron más duras y fueron cumplidas más estrictamente. Varios cautelosos amigos le advirtieron que fuera más circunspecta. Se le impusieron multas a Sir Clitherow por las continuas faltas de asistencia de su mujer a la iglesia del Estado y a ella misma se le encarceló varias veces, una de ellas por dos largos años. Margarita consideraba esos períodos de encarcelamiento como retiros espirituales, oran-

do y ayunando cuatro días a la semana, práctica que continuó después de obtener su libertad.

Fue entonces cuando comenzó a abrir su casa para albergar a sacerdotes fugitivos, a pesar de la promulgación de la ley que lo castigaba con la muerte. Había hecho construir en su propia casa una cámara secreta para sacerdotes. Más aún, a fin de que no se privara a nadie de la Santa Misa —cuando se podía celebrar—, había preparado dos cuartos, uno junto a su propia casa, al que ella pudiera tener acceso en cualquier momento, sin ser vista o notada por sus vecinos. El otro, un poco distante de su casa, mantenido en secreto para todos, excepto para los católicos fieles. Se encargaba del cuidado de todo lo del servicio del altar: ornamentos y vasos sagrados; además del mantenimiento y seguridad de los sacerdotes, por quienes sentía gran respeto y veneración.

Amante de la Santísima Eucaristía, exponía su vida para que el Santo Sacrificio pudiera seguir celebrándose y las almas pudieran recibir la gracias que dimanaban de Él.

Margarita tenía una personalidad encantadora, era una magnífica ama de casa y muy hábil para los negocios. Todos la amaban y acudían a ella en busca de auxilio, consuelo y consejo en sus penas. En muchos casos, los mismos protestantes eran los primeros en escudarla y advertirla los peligros.

Empezaba cada día con una hora y media dedicada a la oración y meditación. Si había algún sacerdote disponible, se celebraba la Santa Misa y para escucharla se arrodillaba detrás de sus hijos y sirvientes. Dos veces por semana, los miércoles y domingos, trataba de confesarse.

El recuerdo de los sacerdotes martirizados a quienes ella había conocido y que habían sufrido en Knavesmire (zona pantanosa en que se les ahorcaba), estaba constantemente en ella y, cuando su esposo salía de viaje, ella algunas veces iba descalza en peregrinación con otras mujeres al lugar de la ejecución, fuera de las murallas de la ciudad. A todas horas, esto era una acción peligrosa debido a los espías, pero particularmente durante el día, y por lo tanto, iban generalmente de noche y Margarita permanecía meditando y orando bajo la horca todo el tiempo que podía. Estas visitas pronto terminaron, ya que Margarita, durante el último año y medio antes de su muerte tuvo que permanecer recluida en su propia casa por el delito de haber enviado a su hijo mayor a una escuela allende los mares.

El 10 de marzo de 1586, Sir Clitherow fue citado a comparecer ante el tribunal y, en su ausencia, su casa fue registrada. No se encontró nada sospechoso, hasta que los esbirros

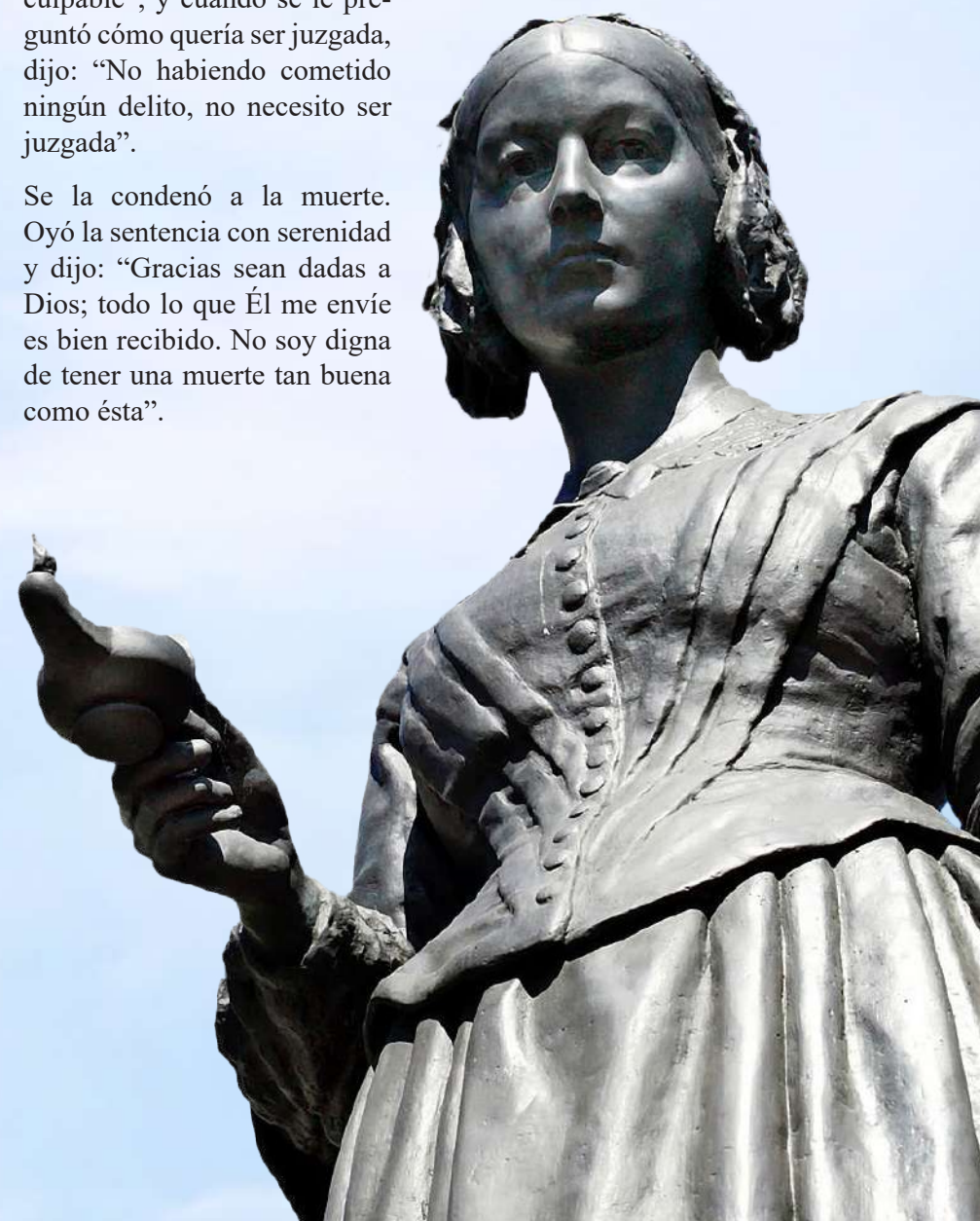
llegaron a un cuarto alejado, donde niños estaban siendo instruidos por un maestro de escuela llamado Stapleton, a quien ellos tomaron por sacerdote. En la confusión que se siguió, el maestro pudo escapar por el cuarto secreto, pero los niños fueron interrogados y amenazados. Un niño se aterrorizó tanto que descubrió la entrada del cuarto de los sacerdotes. Nadie lo ocupaba, pero se encontraron vasos y libros que eran usados para la Santa Misa. Margarita fue arrestada.

Se le acusó de albergar y sostener a los sacerdotes y de oír la Santa Misa. El juez le preguntó si se consideraba culpable o inocente, a lo que ella replicó: “No conozco ninguna ofensa por la que me deba declarar culpable”, y cuando se le preguntó cómo quería ser juzgada, dijo: “No habiendo cometido ningún delito, no necesito ser juzgada”.

Se la condenó a la muerte. Oyó la sentencia con serenidad y dijo: “Gracias sean dadas a Dios; todo lo que Él me envíe es bien recibido. No soy digna de tener una muerte tan buena como ésta”.

Margarita fue ejecutada el 25 de marzo, viernes de la Semana de Pasión. La noche anterior cosió su propia mortaja, después pasó la mayor parte del tiempo en oración. A las ocho de la mañana fue llevada al lugar de la ejecución. De rodillas rezó. Fue obligada a tenderse boca abajo en el suelo, se le pusieron piedras y pesas sobre el cuerpo hasta llegar a los setecientos u ochocientos kilos. Sus últimas palabras, al recibir el peso sobre su cuerpo, fueron: “¡Jesús, Jesús, ten misericordia de mí!”. Tenía aproximadamente treinta años.

Fue canonizada el 25 de octubre de 1970 por el Papa Paulo VI, junto a otros treintinueve mártires de Inglaterra y Gales.







## La conversión de un alma

**N**uestra Señora siempre busca a sus hijos, aun aquellos que no la invocan ni aprecian su protección. La Madre de Dios quiere llevarnos al cielo y, para ello, nos lleva a los sacramentos y especialmente a la Comunión.

¡Cuántas almas, movidas por la gracia materna, han pedido al Señor como alimento para su último viaje a la eternidad! La Eucaristía ha sido su alimento y su fortaleza, alimento propiciado por la Madre de Dios.

Un relato nos lo confirma:

—Vete de aquí, que yo no quiero nada con tu religión.

La anciana, apóstata desde hace siete años, miró con desprecio al sacerdote misionero. La voz le salía de la garganta requemada por la ira. Movía los brazos con furia contra el sacerdote, como lo hubiera hecho un cristiano ante el mismo demonio.

El P. Muguero, S. J., procuró, cuanto pudo, suavizar la voz para decirle:

—Mira ancianita, tú tienes que salvar el alma; confíesate...

—Que no quiero—le responde—, que no quiero salvar el alma, que quiero hundirme en el infierno, que me he vendido al demonio.

¡Qué palabras tan terribles! Un alma que no quiere salvarse, que prefiere el tormento eterno a la dicha sin fin que nos ofrece Dios. Un alma que se vende al demonio, que solo busca su mal y no se entrega a Cristo que la ama y que ha dado toda su sangre por salvarla y que solo espera su arrepentimiento



para inundarla de perdón, paz y amor.

El misionero de Tsingshankiao-Anhwei, dolorido, hubo de cerrar tras sí la puerta de la casucha.

Aquella infeliz habitaba un cuarto desordenado y polvoriento, unida a una pobre familia de no muy sólida fe. Estos contaron al Padre la historia de la apostasía de la renegada: Había sido cristiana, hasta que, hacía siete años, más o menos, su hijo, capitán de bandoleros y revolucionarios, cayó en manos del mandarín.

Este le condenó a muerte y fue colgado de un árbol. Como el padre misionero no había librado a su hijo de la muerte, se enfureció contra él y odiaba —desde entonces— mortalmente al Cristianismo...

El alma de aquella mujer interesó al misionero. Al día siguiente fue de nuevo a su casa, pero fue despedido con más rabia aún del cuarto.

El sacerdote pidió a sus feligreses que rezaran por aquella alma a la que Cristo había redimido con su sangre y que, sin duda, la ignorancia y los malos consejeros, habían llevado hasta esa situación tan dolorosa.

—Rezad por ella, que se nos condena. ¿A quién mejor que a la Virgen la encomendaremos? Le llevaré una medalla de la Milagrosa y sanará su alma...

Aún no habían pasado diez minutos, cuando alguien llama a la puerta. Era un pequeño catequista.

—¿Qué quieres?

—Padre, Padre, que la abuela quiere convertirse.

—Gracias, Señora, gracias...

El sacerdote corrió apretando contra su corazón la medalla de la Virgen. La infeliz mujer luchaba. Aún dudaba. El padre le colocó en los labios el crucifijo. Sentía su respiración violenta. No lo besaba...

—Vamos, vamos. ¿Al Señor no quieres besar?

Inspirada, de repente, co-

gió con fuerza la mano del Padre, y en un arranque de voluntad heroico, besó el crucifijo con un beso largo, llenando de lágrimas las manos del misionero. Quiso confesarse.

El sacerdote le administró la unción de los enfermos y salió para traerle el Viático.

Todo el pueblo conocía ya la emocionante y hermosa noticia.

Los vecinos atropellaban al misionero con sus preguntas.

—Sí, sí —respondía a todos—, se ha confesado y ha besado llorando este crucifijo.

Al entrar de nuevo en la casucha, ya con el Señor Sacramentado en sus manos, la anciana comenzó a llorar con enorme fe. Recibió a aquel Maestro Bueno que le había perdonado de corazón su caída, y con Él en el pecho descansó.

¡Qué grande es el amor de Dios! ¡Qué poderosa la intercesión de la Santísima Virgen!

No desesperemos, con Ella a nuestro lado, recemos por la conversión de los enemigos de Cristo y de su Iglesia y tal vez también, de aquellos de nuestros seres queridos alejados de Dios.

**LA VIRGEN PUEDE Y QUIERE CONSEGUIRNAS ESAS CONVERSIONES. ELLA LLEVARÁ A LAS ALMAS A LA EUCARISTÍA. PARA QUE CON CRISTO PUEDAN RESUCITAR PARA LA VIDA ETERNA.**







# ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

*Cor Mariae pro eis*

P. RODRIGO MOLINA, INSPIRADOR DEL REINADO DE MARÍA

28 de abril de 2002 - 28 de abril de 2024

Recuerdo del XXII Aniversario de su *Dies Natalies*



*«La vocación sacerdotal es sublime, es ser llamado a asociarse en todo a Jesús. ¡Qué hermoso el que un día podamos presentar a Jesús lo único que Él anhela: miles de almas salvadas por Él mediante nuestro ministerio sacerdotal!». (P. Rodrigo Molina)*

OREMOS POR LA FIDELIDAD  
Y SANTIDAD DE LOS SACERDOTES

Este apostolado es una llamada a todos los fieles católicos, y a los que espontánea y libremente deseen unirse a esta alianza de oración, para que nos concienticemos de la responsabilidad que tenemos de ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes, en agradecimiento por la donación de sus vidas a Dios en favor de toda la humanidad.

Por medio de esta Alianza de Oración Mariana pedimos a la Virgen Santísima que aumente el número de los escogidos al estado sacerdotal, que su santo amor los proteja de todo peligro, que bendiga sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo.

“Oh Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón”. (Santa Teresita del Niño Jesús)

Reinado  
de María

[www.reinadodemaria.org](http://www.reinadodemaria.org)

Síguenos en:

📻 NSEradio 🌐 [www.nseradio.com](http://www.nseradio.com) 📺 [www.nsetv.com](http://www.nsetv.com)



nsetvradio  
ejercitoblanco

@nseradio  
@nsetv

Nseradio  
nsetv